

Khin

Desde hace siglos, tantos que el verdadero origen se ha convertido en mito, en la sociedad Khin naces en una familia de sangre y cuando te gradúas pasas a vivir con tu familia escogida. Normalmente de ella surgirán después numerosas familias de eso, algo que es bastante habitual en su jerarquía escrita en piedra, que no había sido desafiada hasta ahora. Un clan recién formado es la comidilla de todas las familias. La mezcla de sangre, aunque curiosa, no supone un problema para una sociedad acostumbrada a compartir varias consanguinidades durante su periodo de vida. El conflicto aparece cuando la familia elegida desafía todos los estándares establecidos: presentándose a fiestas rompiendo el código de vestimenta, dándose muestras de cariño en público, e incluso apareciendo en locales donde su presencia sobrepasa con creces a la clientela habitual.

Siguiendo la vía diplomática que tanto caracteriza a los Khin, notificaron detalladamente todos estos comportamientos impropios a la familia, sin ningún resultado satisfactorio. La respuesta del conclave llegó sin demora, en el tiempo establecido, exponiendo educadamente las razones por las que su comportamiento, aunque inadecuado, respetaba las creencias fundamentales de la sociedad. Jugando con lagunas jerárquicas y normas no escritas, habían logrado que la justicia no pudiese interponerse en su modo de vida.

En la historia de los Khin hay solo cuatro casos documentados de familias disfuncionales, obligadas a disolverse para asegurar la perpetuidad del sistema. Estas decisiones se toman siempre en conjunto, en reuniones donde todas las familias que deseen involucrarse son escuchadas hasta llegar a una conclusión. Sin caso, no se convocan reuniones, y eso es precisamente lo que ha conseguido esta familia. Aunque eso no les ha librado de convertirse en el tema principal de todas las conversaciones. Por suerte para sus miembros, a ninguno le importuna la situación, mas ahora que han conseguido retrasar lo inevitable. Durante su formación decidieron luchar por el cambio, hasta que su familia escogida se disgregase por las de sangre, con la esperanza de inspirar a otros a hacer lo mismo. No son los primeros que intentan cambiar las normas de un pasado que ya no es real en el presente, pero puede que sean los primeros en conseguirlo.

Este impulso es lo que mantiene al resto de familias expectantes, sin saber si callar o alzar la voz, en su contra o a su favor. Tomar partido en la disputa silenciosa puede arrastrar a otras familias a una situación incómoda, que prefieren evitar. Al fin y al cabo, la buena reputación de la familia escogida te permite encontrar una familia de sangre más fácilmente en los bailes conmemorativos. Cada semana un clan se encarga de organizar este evento, que muy posiblemente en sus orígenes se celebraban sin ropa y en la sugerente penumbra de las velas. Actualmente los Khin tienen libertad para escoger una temática adecuada, con la que invitar al resto de familias a su hogar, compartiendo aficiones, gustos y un tiempo en común. Luego en la práctica se convierte en una farsa, donde las familias intentan aparentar y contentarse entre ellas. Aunque eso puede cambiar esta noche.

Con la única instrucción de vestir cómodamente, las familias se han ido presentando una a una en la casa común. Las puertas abiertas les han invitado a entrar e incluso probar los aperitivos que reposan en una gran mesa central, colocada en el centro de la estancia. Sin sillas ni otros obstáculos a su alrededor, los cónclaves han ido instintivamente formando pequeños círculos alrededor de la comida. Todos se han percatado de la escasa iluminación del lugar, que poco a poco

se va oscureciendo, siguiendo el ritmo del sol en el horizonte. Entrando ya el último grupo, ningún anfitrión se ha presentado para dar la bienvenida al baile, pero las primeras notas de una melodía clásica se escuchan a través de las paredes.

Los anfitriones van entrando, vestidos con llamativas prendas de deporte. Mientras caminan por la sala, saludando a los invitados, van cerrando las cortinas, sumiendo al público en la confusión absoluta. Por miedo se dejan llevar a oscuras por brazos invisibles, que los trasladan por la sala, aun cargando con platos de comida y vasos rellenos de bebida. Los murmullos van silenciando la música de fondo, y algún que otro grito de los niños y de los no tan jóvenes. Se escuchan también el tintineo de las cadenas de metal que arrastran los anfitriones de un lado a otro. Las luces se encienden al mismo tiempo que cesa la música. La familia organizadora ha desaparecido junto con la comida en la mesa. Del techo cuelgan mallas de acero, que dividen la sala en cuatro cuadrados perfectos, y bloquean el acceso a las ventanas o la puerta. Desde fuera se escucha claramente la voz del líder del clan, pidiendo a las familias que traten de salir del recinto con lo que tienen a su disposición. No es la primera vez que se propone la temática de un *escape room* en la celebración, pero sí que es una novedad la separación de clanes y la falta de recursos para lograr el objetivo.

Durante horas los asistentes dejan la comida en el suelo y tratan por su cuenta de escapar. Algunos recurren a la fuerza, intentando forzar las cadenas sin éxito. Y el tiempo pasa sin que sean capaces de dar con una solución. Los niños empiezan a tener hambre, sueño, y sus familias no están con ellos para calmarles. Algunos por iniciativa, otros por obligación, deciden rendirse y dedicar su tiempo a los pequeños y a gestionar la comida. Por los huecos que dejan las cadenas se produce un intercambio constante de alimentos, abrigos, y al poco rato, de objetos metálicos, con los que intentar escapar. En la intersección de las cuatro celdas acaban sentados los más curiosos, debatiendo la mejor aproximación para salir de la sala. Mientras, en las paredes, descansan algunos y conversan otros, preocupados por la incipiente necesidad de algunos por ir al baño. Por suerte, no llegan a necesitar usar el rincón de vasos que con cuidado habían preparado para ese propósito, porque con la ayuda de colgantes y pulseras logran romper la cadena central que les une. Luego solo fue cuestión de tiempo y maña forzar la cadena de la puerta y las ventanas. Esta primera estaba también bloqueada desde fuera, así que se decantaron por romper los cristales de las segundas para salir.

El sol casi ha empezado a asomar en el horizonte cuando, entre varios hombres, ayudan al último invitado a escapar por la ventana. En el jardín que rodea la casa les espera una mesa baja con refrigerios y un pequeño puesto de enfermería, para tratar los cortes y arañazos que algunos se han hecho durante la noche. Los niños ya han bajado corriendo a los baños del sótano de la casa y los demás, cansados, se sientan en las almohadas que sirven de sillas para la ocasión. Los anfitriones les reciben y les ayudan a ponerse cómodos, sin disculparse por la situación que les han hecho pasar. Demasiado exhaustos para discutir o siquiera hablar, los clanes disfrutan del amanecer desayunando. Cuando quieren empezar a regresar a sus hogares se dan cuenta de que a su lado no está su familia escogida, si no esos amigos nocturnos que los han acompañado en la aventura. Algunos confusos, otros curiosos y muchos felices, se despiden con un hasta luego antes de buscar a su familia.

Puede que aquella noche no diese todas las respuestas a los Khin. Sin embargo, algo cambió en ellos, en algunos de ellos, que encontraron tanto una nueva familia de sangre como amigos más allá de las fronteras de su hogar. Un pequeño cambio al que podría sucederle otro, de la noche a la mañana, sin que nos lleguemos a dar cuenta.